

## La varita mágica.

Ya no le faltaba á Eva más que una cosa para ser, como lo deseaba Merey, una criatura perfecta, tanto por su inteligencia como por su hermosura.

## Amar.

La agudeza é ingenio de la mujer reside más que en la cabeza en el corazon.

Antes de los acontecimientos que acabamos de referir y cuando la vida material sobrepujaba á la intelectual, el estado de Eva era la indiferencia. La misma expresion animaba su fisonomía para las personas que para los objetos inanimados, y no solo no entendia, sino que no amaba nada, no siendo á Escipion.

Pero desde que su sér habia sentido emociones profundas, desde que cayó medio desmayada en los brazos del doctor, y que habiendo probado el fruto del árbol del bien y del mal se ruborizó como Eva delante del Señor, no amaba, pero sentia la turbacion del amor.

Sin embargo, todavía entre el pálido reflejo de los sentimientos naturales en todos los séres y las emanaciones luminosas del corazon, que hacen de la mujer el sér más amante y más amado de la creacion, hay un abismo.

Para animar aquella flor y darle el perfume de la mujer, como ya la habia dado el calor, contaba Jacobo con la influencia de la mirada.

Los antiguos colocaban la residencia del poder y de la influencia fisiológica de un sér para otro, en la vista.

Horacio no ha sido más que el eco de las tradiciones orientales

cuando nos presenta á Júpiter el magnetizador del universo conmoviendo al Olimpo solo con fruncir las cejas, *cuncta supercilio moventis*.

La idea de la influencia de la mirada, de la que vemos grandes y frecuentes ejemplos, aun con respecto á los animales, estaba tan generalizada entre los judíos, que Jesucristo alude á ella muchas veces cuando dice:

«Tu ojo es la linterna de tu cuerpo: si es franco y leal, tu cuerpo estará limpio y puro: si es torbo y malo, tu cuerpo será tenebroso.»

Los ojos del doctor eran nobles y serenos, porque Jacobo habia sido enviado á la tierra para hacer bien á sus semejantes.

Amaba: suprema prueba de bondad, pues era para multiplicarse como Dios, para buscar y aliviar los males.

Al posar la vista sobre los objetos que rodeaban á Eva, era para ponerse fisiológicamente en comunicacion con ella por medio de aquel hilo conductor.

Buscaba el alma de la jóven, y puro como el cielo que implora Hipólito cual testigo de su honestidad, no anhelaba el cuerpo, sino solo la posesion del alma.

Lo que rodeaba á Eva la hablaba de Jacobo, y le encontraba invisible pero palpable en todo lo que tocaba, porque Merey habia tenido cuidado de imponer su voluntad á los muebles, á los árboles, á las flores, á las bagatelas de su tocador, hasta á los alimentos y al aire que respiraba.

Si pedía una copa de agua, él la magnetizaba con un soplo y era lo mismo que si absorbiera la niña su alma.

Aquellos objetos vivificados por él eran otros tantos lazos con los que se unia con aquella por quien deseaba sacrificar su vida, y en cuya felicidad estribaba la suya propia, pensamientos llenos de abnegacion y sacrificios.

Algunas veces se ausentaba Jacobo un dia ó dos para conocer su poder y se servía de la naturaleza como de un intermediario para inspirar á Eva el sentimiento que anhelaba.

Dotaba con el poder de la revelacion á la colina de césped en donde acostumbraba sentarse, al arroyo en el que bebía el perro y en

donde ella se contemplaba y á las hojas de los arbustos: encargaba al viento, al rumor de los árboles, al canto de los pájaros, al murmullo de las cascadas, á los múltiples ruidos del jardín que murmurasen al oído de Eva la palabra que aun no comprendía su corazón.

Un día en que la joven se había acercado á un rosal silvestre que crecía en un bosquecillo, Eva se fijó en una flor que parecía pedir la cortasen.

Extendió el brazo y la cortó.

Pero apenas la llevó maquinalmente á su boca y aspiró la suave fragancia del agabanzo, cuando se apoderó de ella un sueño delicioso y en él volvió á ver á Jacobo como el día en que le vió junto al manzano, aquel día en que por primera vez sintió abrasarse su rostro con la llama del pudor.

Era Jacobo, impregnado en aquella rosa para que Eva la cogiera y aspirara el perfume de su amor.

Ya sabemos que el doctor prestaba gran importancia á los signos usados en la antigua magia para imponer la voluntad, y no hacia mucho tiempo se había hablado largamente entre los físicos de la varita adivinatoria, que tenía la virtud de moverse por sí sola y revelar con este movimiento la existencia de los manantiales subterráneos, de los metales y hasta de los cadáveres.

La varita no se movía en manos de todos, sino según la susceptibilidad nerviosa del individuo.

Además se daba una explicación más ó menos satisfactoria á este fenómeno.

Según la ciencia oculta, las emanaciones de los átomos influían en los movimientos de la varita de avellano, y esta atracción había hecho que se descubrieran tesoros y crímenes ignorados.

Jacobo Merey pensó aprovechar la varita mágica para descubrir en el corazón de Eva el manantial, aun oculto, de aquel virginal amor.

La filosofía de la varita, como se decía entonces, explicaba todos los mitos y fábulas de la antigüedad.

Eneas, conducido hasta la puerta de los infiernos por el ramo de

oro, no era sino una poética imagen del misterioso arcano que dirige en la atmósfera el movimiento de los átomos.

La vara de Moisés, que hizo brotar agua de una roca: la de Jepté, que reverdeció: la de Circe, que transformó á los compañeros de Ulises en cerdos, y todos estos ejemplos guiaban y prestaban preponderancia á la ciencia de Cagliostro, de Mesmer y de San German, lanzados en busca de lo desconocido.

Jacobo Merey fué á pasear con Escipion, y cortó una varita de avellano, la magnetizó para que comunicara su voluntad á Eva, y se la entregó á Escipion para que la llevara, ínterin él volvía á Argenton por otro camino y entraba en el jardín por una puerta que caía al campo, y de la cual tenía la llave.

En el extremo del jardín había una gruta cubierta de musgo, y en ella un pequeño estanque, cuya agua límpida y cristalina provenía del manantial que nacía á los pies del manzano.

El doctor la llamaba la gruta de las meditaciones.

Allí era donde aislado y lejos del ruido de la sociedad, exento de preocupaciones, se entregaba á los sueños que nos parecen irrealizables.

Antes de conocer á Eva iba á ella con frecuencia, y después más aun.

La entrada de la gruta estaba cubierta con hiedras y enredaderas de tal modo, que era difícil encontrarla.

Una abertura practicada encima del estanque dejaba penetrar una luz suave y misteriosa.

Al tomar de la boca de Escipion la varita, no se efectuó en Eva ningún cambio; pero al cabo de un instante sintió como una inquietud vaga, como necesidad de movimiento, como deseo de aspirar el aire libre, deseo que nos hace abrir los balcones de nuestra habitación ó salir al campo.

Por consiguiente, la joven bajó al jardín, su paseo acostumbrado, ó mejor dicho el único, y en el que el doctor la tenía marcado un círculo del que jamás había salido.

Pero entonces sin pensar, sin encontrar obstáculo ni material ni ideal, pasó los límites impuestos, y con la varita en la mano,

guiada sin duda por ella, llegó á la gruta, separó las hiedras y las enredaderas y se presentó como una hada, con su varita en la mano.

Vestia un traje largo de cachemir blanco, sujeto al talle con una cinta azul: sus largos cabellos rubios cubrían sus hombros y descendían hasta las rodillas.

La presencia de Jacobo no la causó sorpresa ninguna: sabía que estaba allí; lo había adivinado.

Pronunció dulcemente el nombre del doctor y le tendió los brazos. Jacobo la estrechó contra su corazón.

Entre aquellos dos seres, que impulsados el uno hácia el otro se buscaban y no formaban más que uno, existía una silenciosa é inefable simpatía.

Se sentaron uno al lado del otro sobre el musgo.

Eva tomó las manos de Jacobo entre las suyas, fijó en él sus rasgados ojos, y con voz lenta, profunda, reflexiva, cual si saborease las palabras, le dijo.

—¡Yo te amo!

Y en el mismo momento dejó caer su cabeza sobre los hombros de Jacobo, sus cabellos se extendieron como un velo por el rostro del jóven médico, el corazón dejó de latir, y el aliento se detuvo entre los labios de la jóven.

Los magnetizadores del siglo pasado han dado varios nombres á este estado de insensibilidad y de sopor, que se parece al somnambulismo, pero que no lo es.

Parecía que el alma había roto todos los lazos con el cuerpo.

Psyché extiende su vuelo; ¿hasta dónde?

Santa Teresa sube al cielo y se arrodilla ante Dios.

Aquella palabra divina, eterna, que la naturaleza murmuraba al oído de Eva; aquella palabra que la influencia magnética había hecho brotar de su alma; aquel *te amo*, había elevado á Eva hasta el éxtasis.

El éxtasis se diferencia del magnetismo en que separa á la persona del magnetizador, cual si hubiera encontrado un protector más poderoso.

Jacobo Merey habia encontrado en Eva hasta entonces una docilidad de esclava; la pobre niña obedecía al magnetismo.

Ignorándolo, tenia encadenada su voluntad á otra poderosa, irresistible.

Pero habia pasado los límites del magnetismo, y aquella voluntad era impotente, pues el alma fugitiva no respondia á sus mandatos más que con la insensibilidad.

En vano apeló Jacobo á su energía, ordenando á Eva que despertara; el sueño continuaba con síntomas de catalepsia y tomaba poco á poco el cuerpo la rigidez de la muerte.

Aquel sueño helaba de espanto á Jacobo Merey.

Estenuado de cansancio, cayó de rodillas delante de Eva y apoyó en sus manos los labios.

A su contacto le pareció que la mano se estremecía, pero de un modo tan débil, que el doctor sintió correr un sudor frio por su frente; aquellas manos parecian las de una muerta; se puso de pié y contempló á la jóven con la vista extraviada.

Entonces vió los labios entreabiertos y como temblorosos, efecto de la respiracion apenas perceptible.

Una idea cruzó por su cerebro.

El beso que habia dado á la mano podria depositarlo en la boca...

Jacobo era delicado hasta el último extremo: ¿tenia derecho, se preguntó, para posar sus labios sobre los de Eva dormida?

¿No era un ataque al pudor? ¿Una mancha en aquella paloma inmaculada? ¿Pero y si de aquel modo la salvaba?

Jacobo Merey levantó los ojos al cielo como para tomarlo por testigo de la pureza de sus pensamientos, pidió perdon á la castidad, simbolizada en la madre de Jesús, se inclinó sobre Eva y tocó, más bien rozó con sus labios la boca de la jóven.

En aquel momento, como si la cadena que ligaba á la niña con otro mundo se hubiera roto al contacto terrenal, dió un grito, y estremeciéndose de piés á cabeza, exclamó:

—¿Quién me ha despertado? ¡Era tan feliz!

Despues, volviendo ó más bien levantando los ojos hácia el doctor pareció admirarse de ver á un hombre delante de ella; pero al mis-



47  
Se inclinó sobre Eva, y tocó con sus labios la boca de la jóven.

mo tiempo un vivo carmin cubrió sus mejillas, y tomando la mano de Jacobo, despierta le repitió sonriéndose lo que habia dicho dormida.

—¡Te amo!

Despues llevó la mano al lado izquierdo: la jóven sabia que allí se albergaba el corazon.

## XIII.

## El anillo simpatico.

Lo que Eva vió en su éxtasis fué como la revelacion de la naturaleza; el cielo, Dios, los ángeles se grabaron en su memoria, en su alma: tal vez esas tres palabras no expresaban más que una sola; hé aquí por qué citamos las tres.

Pero el milagro no se limitó á la perspectiva exterior.

Por la primera vez vió los pájaros, las flores, el cielo y la tierra bajo su verdadero punto de vista. Hasta entonces, sumida en la indiferencia, no habia podido apreciar Eva aquellas maravillas, porque para ver y admirar la creacion se necesita otra cosa más; amar.

A medida que se ensanchaba el círculo de objetos invisibles y materiales, aprendia Eva á discutir sobre cosas desconocidas para ella hasta entonces, porque las ideas nuevas hacen brotar palabras concernientes á ellas.

Esta educacion es la que llaman los fisiológicos una *trasfusion*.

Eva recibia todo de Jacobo; el doctor le enseñó el nombre de las plantas, de los animales, de las estrellas.

La refirió el poema de la creacion, y la jóven le escuchaba ávidamente, y adivinaba la ciencia de Jacobo porque la explicacion estaba impregnada de amor y simpatía.

En él estudiaba la naturaleza; en el pensamiento del maestro leia su propio pensamiento y las causas y efectos perceptibles ó imperceptibles, visibles ó invisibles.

La grandeza del universo y el espectáculo de la vida descrito por Jacobo la hacian comprender y amar á Dios, del que solo hasta entonces le habian hablado el canto de los pájaros, el perfume de las flores y los rayos vivificadores del sol de Mayo.